

Reseña

Wheen, Francis. Karl Marx. Londres: Fourth Estate, 1999.

Héctor Meléndez

Departamento de Ciencias Sociales
Facultad de Estudios Generales
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

¿Qué exactamente fundó o inventó Karl Marx? Los matices de la respuesta a esta pregunta varían de acuerdo con la época y el curso ideológico de quien la hace y de quien responde. Lo que surge cada vez más son las distancias entre la vida de Marx y el edificio construido por la tradición marxista o, más bien, por las corrientes dominantes en el marxismo que han representado a Marx y su obra. La pregunta puede hacerse de otra forma, a saber: ¿quién fue Marx? Francis Wheen aborda esta cuestión en *Karl Marx*, nueva biografía del pensador comunista, escrita en tiempos de una conspicua ausencia: es la primera biografía de Marx en el mundo angloparlante después del fin del bloque dirigido por la desaparecida Unión Soviética.

El autor recuerda que la grandeza de Marx está lejos de disminuir, aun cuando se hacen evidentes las dificultades que ha tenido el marxismo para darse a conocer de una manera verdaderamente orgánica entre las mayorías populares, durante la época de Marx y en la actual. Se evidencia ahora cuán construida fue en el siglo 20 la imagen apoteósica de un Marx conductor de millones de obreros en avanzada triunfal, imagen que acaso se inició con el discurso de Engels en el entierro de su entrañable amigo, cuando informó que la muerte de Marx era llorada por los trabajadores alrededor del planeta, a pesar de que él mismo le hablaba a sólo 11 personas que asistieron al sepelio. Wheen evalúa la magnitud de la contribución del fundador comunista, dejando ver el aislamiento relativo del modo de pensar de Marx en el tiempo de su vida, en el presente y tal vez, en rigor, casi siempre.

No sin necesidad, la biografía alude a lo sabido: Marx previó buena cantidad de los fenómenos que se verificaron en el siglo 20 y se reiteran en el 21 con creces y a veces con nuevas reconceptualizaciones (las que son parte de las elaboraciones *ad infinitum* que reclaman el mercado sociológico y de libros y cursos): globalización; proletarianización de las clases medias; pauperización de grandes masas a través del mundo, incluso en las naciones más ricas; alienación de la gente respecto a su trabajo, a la naturaleza y a los otros; militarismo creciente como parte de los rejugos geopolíticos del mercado; fragmentación social a causa de la competencia y del lenguaje del dinero; altísima productividad del trabajo mediante nuevas tecnologías para una riqueza que, sin embargo, no mejora la sociedad; conversión de la política en simulacro grosero; empeoramiento de la calidad moral y material de la sociedad en la medida en que no hay oposición al capital: oposición resuelta, contumaz, inteligente, agresiva, comunista.

El texto de Wheen muestra las tendencias culturales de nuestra contemporaneidad: mirada del lado psicológico de los esfuerzos históricos, apreciación de las fantasías y de los desgarramientos terribles del sujeto, conciencia de la falta de una unidad *a priori* del ser, y atención a la construcción cultural y política del sujeto, a pesar de la presunta autonomía de sí mismo —es decir, de su “vida individual”—. El libro rinde homenaje a la contribución de Marx a partir de un abordaje irreverente, negador de todo Padre y ajeno a la ortodoxa reverencia que tuvieron hacia él la Segunda y Tercera internacionales, el muy coherente pensamiento de Lenin y la Revolución de Octubre. (Queda en suspenso si los estados estalinistas constituyeron, o constituyen, una corriente marxista.) En fin, es un texto que evade la metafísica monumental y semirreligiosa a que ha tendido la política, y puede reclamarse un libro pensado a partir de la sociedad civil.

Según se anuncia, esta biografía de Marx fue calificada libro del año por 21 escritores e intelectuales británicos de diversas tendencias, incluyendo al teórico de la cultura Terry Eagleton, al veterano y legendario líder socialista laborista Michael Foot y al exitoso novelista Philip Kerr. El libro fue sometido a por lo menos cuatro convocatorias de premios nacionales ingleses de literatura, elogiado por la crítica y expuesto con destaque en las librerías de Londres en 1999. No sé cómo habrá sido su recepción en el mercado de libros de Estados Unidos, en que se producen

miradas interesantes y diálogos veloces en el marco de una helada tradición antisocialista.

Wheen contrasta la vida y vicisitudes de Marx con las culturas vividas de su época y la actual y, tras un trabajo impresionante de investigación, logra pintar un cuadro renovado e innovador del filósofo revolucionario, que ciertamente se sale de las expectativas de grandiosidad formadas por las tradiciones políticas hoy desaparecidas. Esta “desconstrucción” deja una figura no muy precisa que debe ser entonces imaginada por el lector, más que descrita o narrada fácilmente.

Curiosamente, emerge un realismo que provoca o puede provocar en el lector, un Marx más inspirador que los Marx precedentes. Algunos de éstos los habíamos conocido, por ejemplo, vía las biografías de Mehring y McLellan. La publicación en distintos momentos del siglo 20 de estas biografías pareció confirmar cierto “espíritu de época” en que el lector suponía de entrada un protagonismo felizmente evolucionado en la vida y el pensamiento de Marx. Luego, había la expectativa de una correspondencia entre la evolución del fundador y la evolución de los movimientos que se reclamaban fundados por él.

La presente ausencia de aquellos movimientos políticos, que sin duda se corresponde con la actual prepotencia inédita del capital y de las ideologías capitalistas que hoy gozan de espacio incontestado, permite a Wheen hacer los trazos de Marx sin hacer un retrato, sin el rostro definido que se inscribe en las antiguas banderas. Pero acaso éste sea un retrato más fiel, o más fiel a la mente del presente, a las bajas expectativas del presente, a la fragmentación del presente que resulta de la formidable concentración del poder capitalista, correspondiente a la búsqueda tímida entre sectores jóvenes del recurso sin igual que es la obra de Marx. Esta búsqueda sigue, pues —por más que se justifiquen los que rinden esta arma teórica anticapitalista, invocando un cambio de época— el capital se despacha con la cuchara grande, porque las clases oprimidas siguen desarmadas.

Marx suponía que la historia no se hace sólo con amor, sino también con un buen despliegue de maldad; de aquí la franqueza realista e indisimulada de su teoría y acción. Esta es justamente una de las cuestiones de nuestra época: si a fines del siglo 20 la sociedad llegó a una civilidad y fraternidad tales que resulta indeseable, innecesario o anacrónico el despliegue de lo que un

freudiano llamaría el instinto de odio o de muerte —la agresividad, el deseo de acabar con los resortes represivos del Estado, criticar la dictadura burguesa hasta destruirla—; o si *esa* tenacidad resulta necesaria, incluso más que antes, para quebrar un dominio capitalista fortalecido, aún más duro y más global. Ese tirar a la yugular del orden social, esa visión que ve una dictadura de clase latiendo al fondo de la normalidad cotidiana (como el loco que ve visiones de esperpentos y monstruos), es quizá la mayor diferencia entre el marxismo y otras corrientes de socialismo o igualitarismo. Llegado el caso, estas otras formas pueden optar por alguna conciliación con el Estado o acomodarse en las liberaciones relativas que ofrece el mercado, vía el consumo y los relajamientos modernos. A menudo, la fatiga del largo caminar provoca un paso más rápido para llegar a un final feliz. En cambio, en el marxista la visión de lo “invisible” es fundamento de su realismo radical e intransigente.

Ahora bien, Marx inventó nada menos que la formulación teórica e intelectual de la causa comunista. Inseparablemente ligada está la autodestrucción personal que conllevó este esfuerzo creador. Después de leer a Wheen, uno entiende mejor a Antonio Gramsci, pues para éste el revolucionario prusiano significa, a fin de cuentas, la labor intelectual imprescindible del movimiento obrero-popular. De aquí la idea de Gramsci de que hay que multiplicar los intelectuales, para que la labor intelectual deje de ser destructivamente sacrificial o, por otra parte, estrechamente elitista y académica. Que el movimiento comunista sea también un movimiento intelectual se corresponde con la progresiva complejidad de la sociedad moderna. Marx parece tratar de decir a través de su vida que la complejidad de lo histórico se aprecia mediante ciencia, análisis, estudio, técnica. Esta teoría y filosofía —que en Marx se nutren especialmente de la cultura clásica antigua— deben ser a la vez prácticas; o sea, deben saber que la verdad, como decía Hegel, está en el cambio mismo, en el conjunto de relaciones; cambio y relaciones que se captan sólo en la praxis revolucionaria. Ya no podían seguir teniendo validación automática, pues, la simple ética socialista de tono cristiano y moralizante, ni el comunismo como *wishful thinking* emocional, tan caro a los bohemios y radicales de clase media que confunden sus tribulaciones mentales con cambios históricos y movimientos sociales.

El total y escandaloso desdén con que Marx trata a tantos de sus contemporáneos, y sus discrepancias con casi todos los mortales que pueblan su vida, nacen de su suposición de que el comunismo y la masa social interesada en un cambio histórico aún carecían de un razonamiento que penetrara la verdadera complejidad de la historia y del modo de producción capitalista. Marx sabe que él mismo creará, modestia aparte, ese razonamiento y esa teoría. (Engels es excepción asombrosa a los castigos de Marx a diestra y siniestra y uno sospecha que, si bien es incuestionable el respeto intelectual y político de Marx hacia él, así como su amistad y afecto, el que el gran amigo fuese garante financiero permanente de su desordenada vida bien pudo ser otra causa de esa armonía.)

En la juventud temprana de Marx, hay un momento de extraño silencio y de probable extenuación emocional, después del cual su vida estuvo marcada por un alejamiento total respecto a sus padres y hermanas y por una investigación febril de conocimiento teórico en los libros, que durarían hasta el final. En adelante, el joven descendiente de rabinos se crea un mundo sin pertenecer a oficio, religión, país, partido político existente ni familia, más allá de su mujer e hijos. Quiso a su padre, pero su alejamiento de él se acentuará al extremo de no asistir a su sepelio y ser aparentemente indiferente a su muerte. La indiferencia hacia su madre —quien, contrario a su padre, era ajena a elaboraciones intelectuales— resulta chocante, salpicada como estuvo de comentarios, en medio de un silencio glacial de largos años, en torno al dinero de herencia que ella retenía y representaba.

Algunos contemporáneos de Marx, notablemente los políticamente desafectos u hostiles a él, lo describen como más tendiente al rencor que al amor, más cerca de la mezquindad y la riña que de la generosidad, quizá con cierta propensión a querer ser admirado por su genio y por las agudezas intelectuales que las elites sabrían apreciar. Pero Wheen somete rápidamente a cuestión estos énfasis, contrabalanceándolos con el tino de los juicios políticos de Marx sobre personas y situaciones, con su consistencia en cuanto a crear organizaciones de la clase obrera y con la justeza de dar prioridad al estudio, en vez de continuar con un presunto proselitismo de escasa y artesanal eficiencia.

Qué fantasmas perseguían a Marx, nadie lo sabe, pero es claro el tormento de su vida. Tuvo la perspicacia de señalar que sus

problemas de salud se originaban en la mente, como él decía y como apuntó en la última de sus cartas recuperadas. Asimismo, sus miserias económicas se relacionaban con un estilo de vida de alto vuelo. Le preocupaba obligar a vivir en penuria a su esposa de cuna aristocrática y apellido de abolengo, Jenny Von Westphalen, y que sus hijas no pudieran invitar a sus amigos a la casa sucia por el qué dirán social, algo lamentable entre las clases medias y altas victorianas londinenses. Pero en medio de la pobreza, Jenny compraba vestidos para alternar en sociedad, la familia se mudaba a casas caras y posteriormente a una mansión, y no faltó vino ni clarete. Era una miseria relativa al hecho de que tanto él como Engels y un pequeño círculo de colaboradores suponían que Marx debía escribir la obra teórica, sobre la cual se montaría un movimiento comunista moderno y efectivo. Ello le excusaba de buscar trabajo; durante 30 años, Engels respondió fielmente a sus pedidos económicos. Sostén financiero también de dos amantes —la obrera irlandesa Mary Burns y su hermana Lizzie— y de otros inmigrantes alemanes comunistas, Engels es personaje igualmente curioso, que combina su condición de burgués *bon vivant* con la de teórico, escritor e investigador de primer calibre, y quien vive largos años engañando a su padre capitalista.

Aderezado con situaciones cómicas y frases sarcásticas y sin nunca perder agudeza, el libro de Wheen exhibe a un Marx sensible ante el dolor humano, peleador frente a las innumerables calumnias y persecuciones, bebedor, chismoso y proclive a las pequeñas guerras del exilio. Dadas las pésimas condiciones de salubridad y alimentación, en los años cincuenta se le murieron dos hijas pequeñas y su hijo Edgar de seis años, éste último en brazos del padre, uno de los más conmovedores pasajes de la biografía. La muerte de su esposa en 1881 y luego la de su hija Jenny, de cáncer, a los 38 años, fueron golpes finales que quitaron al fatigado viejo los deseos de seguir viviendo.

Este *gentleman* victoriano fue feliz en sus últimos años; era el alma de la fiesta entre los turistas de Carlsbad, el *resort* alemán de aguas termales adonde viajó regularmente con su esposa en los años setenta, en que decayó definitivamente la Asociación Internacional de Trabajadores. Sin embargo, empeoraron las dolencias que en diferentes fases le habían acompañado durante largos años: enloquecedores dolores de cabeza, enfermedad del hígado, bronquitis, náuseas y vómitos, insomnio, abscesos en

las nalgas, brazos y entrepiernas. En sus últimos meses, viaja a Francia a visitar a las hijas y nietos que tanta alegría le producían; a Suiza, Argelia y la isla de Wight, buscando en vano un clima benigno. Se afeita la legendaria y espesa barba que tanto temor había inspirado, se recorta la melena leonina y regresa a Londres a morir. Muere el 14 de marzo de 1883.

Las dos hijas que le sobrevivieron, Eleanor y Laura, se suicidaron, respectivamente, en 1898 y 1911. (En el funeral de la última, en París, se dirige a los presentes un marxista ruso, un tal Vladimir Ilich Lenin, quien asegura que las ideas del padre de la occisa están cobrando auge y posteriormente se harán realidad.) A Marx también le sobrevivió Frederick (Freddy) Lewis Demuth, seguramente su hijo con Helen Demuth, la leal sirvienta y ayudante de Jenny. Uno de los primeros secretos mejor guardados del comunismo, el embarazo de Helen Demuth tuvo lugar durante los años difíciles de la década de 1850 y fue atribuido familiarmente al travieso Engels, quien reveló la verdad a Eleanor sólo antes de morir, en 1895. Sin embargo, parece que Jenny siempre la supo. Parece además que Helen dio el bebé a una familia Lewis de la proletaria zona del este de Londres o tal vez de Hackney, barrio popular al norte de la ciudad. Freddy, un trabajador de carácter callado, estuvo activo en las luchas obreras y ayudó a fundar la rama de Hackney del Partido Laborista; murió en 1929, sin sospechar que su padre era el barbudo del rostro que surgía en pancartas, carteles y cubiertas de libros en todos los países.

Los comienzos son siempre difíciles en todas las ciencias, había dicho Marx a Engels, al comentar las dificultades que enfrentó y ha seguido enfrentando *El capital* entre los lectores. Resulta simpática la queja de Engels por el estilo y ordenamiento del primer tomo. Wheen narra que Engels

le había advertido que sería “un serio error” dejar de aclarar los argumentos abstractos, los que podían dividirse en secciones más cortas con sus propios subtítulos. “La cosa hubiera parecido en cierta medida un libro de texto escolar, pero una gran masa de lectores lo hubiera encontrado considerablemente más fácil de entender. El *populus*, aun los académicos, sencillamente no está acostumbrado a esta forma de pensar y hay que hacérselo lo más fácil que uno pueda.” Marx hizo unos cuantos cambios en los folios de prueba, pero fueron meramente marginales. “¿Cómo pudiste dejar la estructura

externa del libro en su forma actual!”, preguntó Engels con alguna exasperación tras inspeccionar las pruebas finales. “El cuarto capítulo tiene casi doscientas páginas y tiene sólo cuatro subsecciones... Más aún, el tren de pensamiento es interrumpido constantemente por ejemplos ilustrativos, y el punto ilustrado nunca se resume después del ejemplo ilustrativo, de modo que uno está siempre lanzándose del ejemplo ilustrativo de un argumento directo a la exposición de otro argumento. Es terriblemente fatigoso, y también confuso.” Sin embargo, añadió con más suavidad, “todo esto no es de importancia” (págs. 311-312; la traducción es mía).

El lado flojo de la biografía es el limitado dominio que parece tener el autor del contenido del pensamiento teórico y filosófico de Marx. Sin embargo, Wheen logra insinuar el significado del estilo de *El capital*, que no es sino el meollo de la cuestión marxista. En realidad el “estilo” indica una aproximación radicalmente diferente al texto y al saber, que la cultura dominante está lejos de interesarse en asumir y mucho menos difundir. *El capital* persigue adiestrar al lector en una interacción continua entre lo abstracto y lo concreto; lo concreto se verifica sólo en la comprensión conceptual genérica y viceversa: una dialéctica en que se unen lo “real” y la imaginación del sujeto. El énfasis en la función del concepto implica que el aspecto de la hipótesis —en este caso, la explotación de la productividad de la fuerza de trabajo por el capital, una fuerza acumulativa abstracta, pero absolutamente real y política— tiene más peso en esta ciencia que lo estrechamente empírico. En realidad, no hay tecnicismo científico que represente adecuadamente la explotación y la alienación, vocablos que se refieren a procesos multidimensionales, “transdisciplinarios”, prácticos de la vida.

Es claro que la terquedad estoica de Marx, reflejada no pocas veces en roces personales y disgustos políticos, tuvo mucho que ver con su aislamiento, tanto personal como histórico y cultural. Había arribado a un modo de razonar que precisamente superaba las fragmentaciones disciplinarias de las academias y de los saberes occidentales y podía aprehenderse solamente en la lucha. Había llegado ahí transformando la actividad teórica y mediante una exhaustiva investigación científica, antropológica, estadística, histórica, literaria y analítica. Se había apoyado en su cultura filosófica, en el dinamismo de Hegel, Feuerbach y Ricardo, y en la sabiduría intuitiva y valiente del proletariado francés. A estos

obreros, por cierto, Marx los saluda con admiración tras la represión sangrienta de la Comuna de París en 1871, contrastando su heroísmo colectivo con la pequeñez inmoral de sus asesinos, en la prosa quizá más elocuente de todos sus escritos. *La guerra civil en Francia* es un tratado magistral de teoría política y a la vez texto apasionadamente estético, ansioso de dejar memoria colectiva y de dibujar un movimiento universal, histórico. (Tras la destrucción de la Comuna, hubo una cacería policiaca de brujas a través de Europa contra “los comunistas”, y Marx cobró notoriedad en la prensa sensacionalista como el “doctor rojo” que supuestamente había causado las convulsiones.)

Lejos de ser sólo un libro de “economía” (una ciencia sin duda burguesa pero, ¿qué ciencia no lo es?), *El capital* es una obra también literaria y política que muestra el absurdo social del dominio del capital sobre la sociedad moderna; y lo hace con los trazos de ironía de Shakespeare, Swift, Dickens y las narrativas mitológicas, notablemente la judeocristiana. Lo real es un conjunto de fragmentos en tensión y lucha incesante, cementados por apariencias, por discursos, por el Estado y la nación, por textos e imágenes que simulan y disimulan grotescas comedias, infernales anillos, transmutaciones misteriosas, el drama increíble y fantasmagórico en que el capital fragmenta y a la vez da sentido a la vida social que lo produce y engruesa. Marx ha dejado atrás el pío positivismo de buscar la demostración inocentemente “científica”, como si lo que se fuera a demostrar no lo supiésemos ya, hace mucho, a partir de la experiencia secular del ser humano.

La intransigencia con que Marx se trató a sí mismo y su negativa a suponerse modelo moral de nadie podrían indicar alguna lucha intensa y secreta en su interior y, a la vez, la lucidez suficiente para asumir al propio ser siguiendo el principio de la lucha continua, en la certidumbre de que un nuevo modo de producción y convivencia era posible, sin ocultar sus contradicciones con el sentido común y con los otros y sin inclinarse ante ningún ídolo, mucho menos él mismo.